

TIMOTHY GARTON ASH

# EL EXPEDIENTE

UNA HISTORIA PERSONAL

Traducción de  
Antoni Puigròs



BARLIN LIBROS  
PENSAMIENTO AL MARGEN



## NOTA SOBRE LOS NOMBRES

En el texto se han utilizado los siguientes seudónimos: Andrea, Claudia, Flash Harry, la señora Duncker y la señora R. A tres informadores se les identifica por sus apodos en la Stasi (abreviatura del Servicio de Seguridad del Estado): Michaela, Schuldt y Smith. Si alguien sintiera la tentación de revelar la identidad de las personas que se ocultaban bajo estos nombres —nada difícil en algunos casos—, le rogaría que no lo hiciera. Las razones son perfectamente comprensibles.



—*Guten tag* —me saluda con diligencia la señora Schulz—. Tiene usted un expediente muy interesante. —Y allí está, una carpeta de color ocre, de unos cinco centímetros de grosor, con un sello estampado sobre la tapa: *OPK-Akte, MfS, XV2889/81*. Debajo, con letra pulcra de oficinista, aparece escrita la palabra «Romeo».

—¿Romeo?

—Sí, este era su nombre en clave —responde la señora Schulz, y ríe por lo bajo.



Me encuentro sentado frente a una pequeña mesa de formica en el reducido despacho que la señora Schulz tiene en la Junta Federal de los archivos del Departamento de Seguridad del Estado de la ex República Democrática Alemana: el ministerio de los expedientes. Mientras abro la carpeta, me viene de pronto a la memoria un curioso momento de la época en que viví en Alemania del Este.

Una noche de 1980, cuando vivía y estudiaba en Berlín Oriental, regresé con mi novia de entonces a la habitación que tenía en un destaralado edificio de apartamentos, de estilo rococó Wilhelmine, en el barrio de Prenzlauer Berg. Era una habitación con vistas; o sea, con vistas al interior. Unas grandes cristalerías daban a una galería y, si no corría las cortinas, las personas que vivían al otro lado de la calle podían ver directamente el interior de mi habitación.

Mientras nos abrazábamos en la estrecha cama, Andrea se separó bruscamente de mí, terminó de desvestirse, se acercó a la ventana y descorrió los visillos. Luego encendió la deslumbrante luz general y regresó a mi lado. De haber estado en Oxford, pongamos por caso, me habría sorprendido un poco la potente luz y el hecho de que descorriera las cortinas. Pero estábamos en Berlín, así que no pensé más en ello.

Es decir, hasta que supe de la existencia del expediente. Luego recordé lo ocurrido y me pregunté si Andrea no estaría trabajando para la Stasi, y si no habría apartado las cortinas con el fin de que nos pudieran fotografiar desde el otro lado de la calle.

Tal vez aquellas fotografías se escondan dentro de esta carpeta, que la señora Schulz ya ha inspeccionado. ¿Qué comentario ha hecho? «Tiene usted un expediente muy interesante.»



A medida que paso aceleradamente las páginas, me tranquiliza comprobar que no hay tales fotografías y que Andrea no aparece como confidente. Pero hay otras cosas que me afectan.

Aquí, por ejemplo, hay un informe de vigilancia que describe una visita que por lo visto hice a Berlín Oriental el 6/10/79, desde las 16.07 a las 23.55. El apodo que la Stasi me adjudicó en esa fecha era mucho menos romántico: «246816».

«Hora: 16.07

»La vigilancia de “246816” comenzó cuando este salió del paso fronterizo de la Bahnhof Friedrichstrasse. La persona a la que había que vigilar se acercó al quiosco de periódicos situado en el vestíbulo superior de la estación y compró un ejemplar del *Freie Welt*, del *Neues Deutschland* y del *Berliner Zeitung*. El objetivo [ese soy yo] anduvo por la estación en busca de alguien.»

«Hora: 16.15

»En el vestíbulo superior de la estación, «246816» saludó a una persona de sexo femenino, a la que le estrechó la mano y besó en la mejilla. A esa persona de sexo femenino se le adjudicó el nombre de “Boina”. Boina llevaba un bolso de piel marrón colgado del hombro. Los dos abandonaron la estación y se dirigieron conversando al Berliner Ensemble de la Brechtplatz.»

«Hora: 16.25

»Ambos entraron en el restaurante

»Ganymed

»Berlin-Mitte

»Am Schiffbauerdamm.

»Al cabo de unos dos minutos, las personas bajo vigilancia abandonaron el restaurante y prosiguieron por la Friedrichstrasse y la avenida Unter den Linden hasta el Operncafé.»

«*Hora: 16.52*

»»246816» y Boina entraron en el restaurante

»Operncafé

»Berlin-Mitte

»Unter den Linden.

»Se sentaron y tomaron café.»

«*Hora: 18.45*

»Salieron del café y siguieron hasta la Bebelplatz. Desde las  
»*Hora: 18.45*» hasta las

»*Hora: 20.40*

»Ambos observaron con interés la procesión de antorchas en conmemoración del 30 aniversario de la RDA. Después, “246816” y Boina siguieron por la avenida Unter den Linden [y] Friedrichstrasse hasta la calle Am Schiffbauerdamm.»

«*Hora: 21.10*

»Allí entraron en el restaurante Ganymed. En el interior del restaurante no se les sometió a vigilancia.»

«*Hora: 23.50*

»Ambos salieron del establecimiento gastronómico y prosiguieron derechos hasta el vestíbulo de salidas del paso fronterizo en la Bahnhof Friedrichstrasse, donde

»Hora: 23.55

»entraron. A Boina la hicieron pasar al Departamento Principal VI para revisarle la documentación. Se dio por finalizada la vigilancia.»

*«Descripción personal del objetivo “246816”:*

»SEXO: Varón.

»EDAD: 20-25 años.

»ESTATURA: 1,75 m, aprox.

»CONSTITUCIÓN: Delgada.

»CABELLO: Rubio oscuro,

»Corto.

»INDUMENTARIA: Chaqueta verde.

»Suéter azul con cuello polo.

»Pantalones de pana marrón».

*«Descripción personal del contacto Boina:*

»SEXO: Mujer.

»EDAD: 30-35 años.

»ESTATURA: 1,75 m 1,78 m.

»CONSTITUCIÓN: Delgada.

»CABELLO: Medianamente rubio.

»Rizado.

»INDUMENTARIA: Abrigo de tela azul oscuro.

- »Boina roja.
- »Pantalones vaqueros.
- »Botas negras.
- »accesorios: Bolso marrón.»

Y yo permanezco ahí sentado, frente a la mesa de formica, maravillado ante esta reconstrucción minuciosamente detallada de un día de mi vida, y ante el estilo, que me recuerda una redacción escolar: nunca una frase sin un verbo, la pretenciosa variante de «establecimiento gastronómico». Recuerdo los tonos rojos y dorados del descuidado Gany-med, la elegancia del Operncafé y los jóvenes granujientos de camisa azul en la marcha del trigésimo aniversario, con sus antorchas de parafina lanzando chispas en el húmedo ambiente de la noche. De nuevo percibo aquel peculiar olor de Berlín, una mezcla compuesta por el humo de los antiguos sistemas de calefacción doméstica al consumir briquetas de carbón comprimido, el humo de los tubos de escape producido por el motor de los pequeños Trabant, el de los cigarrillos baratos de la Europa del Este, las botas húmedas y el sudor. Pero hay una cosa que sencillamente no logro recordar: ¿quién era ella, mi pequeña de la boina roja? O no tan pequeña. Medía entre un metro setenta y cinco y un metro setenta y ocho: más o menos mi estatura. ¿Delgada, medianamente rubia, pelo rizado, entre treinta y treinta y cinco años, botas negras? Mientras permanezco ahí sentado, bajo la mirada inquisitiva de la señora Schulz, experimento una extraña deslealtad hacia mi pasado.

Solo cuando vuelvo a casa, a mi casa de verdad, a Oxford, averiguo quién era ella al leer mi diario de esa época. En realidad descubro el relato completo de un idilio breve, intenso y desdichado: de los días y las noches, de las llamadas por teléfono y de las cartas. Incluso aquí, al final de mi diario, hay dos cartas de ella, cuidadosamente guardadas dentro de sus sobres, en los que hay un matasellos que pone: «Correos... para mantenerse en contacto». Entre los pliegues de una de las cartas hay una fotografía en blanco y negro que ella me envió después de que todo finalizara, para que así la recordara. Cabello rizado, pómulos altos, una sonrisa bastante tensa. ¿Cómo podía haberla olvidado?

Lo que escribí en mi diario ese día de octubre de 1979 dice de Claudia: «descarada con su boina roja y su gabardina azul uniforme». «En la Friedrichstrasse», escribí, «me registran hasta la suela de los zapatos (unos Ducker; el policía parece muy impresionado).» Ahora me acuerdo de que en el control subterráneo de la estación de la Friedrichstrasse, un agente de uniforme gris me condujo al interior de una cabina cerrada con una cortina, me hizo vaciar el contenido de los bolsillos sobre una pequeña mesa, examinó minuciosamente cada objeto e incluso me interrogó respecto a las anotaciones en mi diario de bolsillo. Luego ordenó que me quitara los sólidos zapatos de piel marrón, de Ducker & Son, de Turl Street. Los examinó por dentro y a continuación los sopesó en la mano, al tiempo que comentaba: «Buenos zapatos».

«Del brazo, mejilla contra mejilla, fui con Claudia al Operncafé», el diario prosigue así:

«Cada vez más amartelados... La procesión de antorchas. El viento frío, muy frío del Este. Nuestro calor. El labe-

rinto: rodeado. Nos deslizamos entre las columnas, esquivando a la policía. Finalmente llegamos a Ganymed. Cena aceptable. C. rep. su *Jobben*. Su actividad política. Regresamos cruzando por la Friedrichstr. A Diener's. Hacia las 03.00, en Uhlanstr. Daniel, desesperado y pálido frente a la puerta del apartamento: ¡Se había quedado fuera!»

Daniel Johnson, hijo del escritor Paul Johnson, es hoy una figura reconocida en *The Times*. Entonces era un impetuoso intelectual licenciado en Cambridge, que trabajaba en su tesis doctoral sobre la historia del pesimismo alemán, motivo por el cual siempre se alegraba cuando descubría un nuevo ejemplo. Compartíamos un espacioso piso de finales del siglo XIX en el barrio de Wilmersdorf, en el 127 de la Uhlandstrasse. Daniel había olvidado sus llaves.

El «laberinto» y las «columnas» eran, supongo, la formación de portadores de antorchas pertenecientes a la Juventud Libre Alemana, la organización juvenil espléndidamente mal llamada comunista. En cuanto a «su actividad política», Claudia pertenecía a la generación que enseguida fue identificada como del 68. Esa noche me había contado cómo en los disturbios contra la policía solían cantar un estribillo que resume sin duda la mezcla de protesta política y sexual del 68. En una traducción libre, la cancioncilla diría así: «En la calle son unos cerdos, en la cama son unos lerdos».

La última vez que vi a Claudia, algún tiempo después, fue en el cementerio de la iglesia rural de Berlin-Dahlem, durante el funeral del dirigente estudiantil Rudi Dutschke. Todavía llevaba su boina roja. ¿O, simplemente, habré imaginado ese detalle?

El informe de vigilancia de la Stasi y la anotación en mi diario: dos versiones de un día en mi vida. El «objetivo» descrito con la fría y superficial mirada de una policía secreta, y la descripción subjetiva, alusiva y emocional que hago de mí mismo. Pero qué regalo para la memoria supone un expediente de la Stasi. Es mucho mejor que la magdalena de Proust.

## UNO

EL OPK DE LA cubierta significa *Operative Personenkontrolle* (control operativo de personas). Según el *Dictionary of Political-Operational Work* en su edición de 1985, elaborado por la Escuela Jurídica del Ministerio de Seguridad del Estado, un control operativo de personas consiste en identificar a cualquiera que pueda haber cometido un delito según el Código Penal, o mantenido una «actitud negativa hostil», o haya consentido en dejarse explotar por el enemigo con fines hostiles. La intención primordial de un OPK, según explica el diccionario, consiste en responder a la pregunta de «¿quién es quién?». Cada expediente empieza con un «informe inicial» y un «plan de acción».

Mi informe inicial data de marzo de 1981. Elaborado por un tal teniente Wendt, contiene mis datos personales, notas relativas a mis años de estudiante en Berlín Occidental desde 1978 y a mi estancia de enero a junio de 1980 —en realidad fue hasta octubre— en «la capital de la RDA». (Las autoridades de la República Democrática Alemana siempre insistían en utilizar esta fórmula al referirse a Berlín Oriental.) Que viajo a menudo de Berlín Occidental a Alemania del Este y a Polonia. Que con frecuencia «se ha puesto en contacto con personas de relevancia operativa». Por consiguiente, «hay razones para sospechar que G. [por Garton Ash, y en otras partes “el objetivo” o “Romeo”] se ha aprovechado deliberadamente de sus funciones oficiales como estudiante investigador o periodista para realizar actividades de espionaje».

El teniente Wendt hace luego un repaso de la información que el departamento de contraespionaje II/9 ha obtenido a este respecto de los demás departamentos del ministerio. A continuación aparecen en el expediente una serie de materiales sin depurar: informes de vigilancia; resúmenes de información secreta procedente de los archivos de mi amigo Werner Krätschell, un pastor protestante, y de la embajada de Gran Bretaña; fotocopias de artículos que yo escribí sobre Polonia para la revista de Alemania Occidental *Der Spiegel*; copias de mis propias notas y documentos relacionados con Polonia, que fotografiaron durante un registro secreto de mi equipaje en el aeropuerto Schönefeld, desde donde yo volaba hasta Varsovia; copias incluso de las referencias escritas que mis tutores de Oxford habían redactado para el British Council. En total hay 325 páginas.

El informe de Wendt presta especial atención a los datos facilitados por los propios informadores de la Stasi, a los que se conoce como *Inoffizielle Mitarbeiter* —literalmente, «colaboradores no oficiales»—, o IM, para simplificar. Estos se subdividían en varias categorías: de seguridad, especial, operativo, conspirador, e incluso de informador destinado a vigilar a otros informadores. A partir de 1989, las siglas IM pasarían a formar parte del idioma alemán. En todos los idiomas europeos, SS es un sinónimo de la bestialidad francamente escandalosa y violenta del nazismo. En Alemania, IM se ha convertido en un sinónimo de los rutinarios y burocráticos métodos de infiltración, intimidación y colaboración que caracterizaron la dictadura comunista de Alemania: la apacible corrupción del totalitarismo más absoluto. A comienzos de la década de los noventa, era habitual que mediante los archivos de la Stasi se identificara como IM a importantes políticos, profesores universitarios, periodistas o sacerdotes de Alema-

nia Oriental, y que por tal motivo se les apartara de la vida pública. Ser un IM constituía una mancha imborrable.

Pero primero había que identificarlos, pues la policía secreta designaba mediante apodos a sus informadores, así como a las personas que estos vigilaban. De hecho, por lo general eran los informadores mismos los que elegían sus apodos, pues uno de los rituales de iniciación como IM habitual consistía en elegir el nombre en clave. Después de la unificación se descubrió que un tal Lutz Bertram, famoso *disc jockey* ciego de Alemania del Este, había informado a la Stasi como el IM Romeo. Si los dos hubiésemos coincidido, imagino que Romeo habría podido informar sobre Romeo.

Mi informe inicial es un resumen de la información recogida por el IM Smith, el IM Schuldt y, sobre todo, la IM Michaela, así como por su esposo el KP (contacto) Georg, anteriormente casado con Alice, conocida como Red Lizzy. El teniente Wendt señala que Red Lizzy había estado casada a su vez con Kim Philby, el espía soviético más famoso de Gran Bretaña.

Wendt considera que «G. trabaja con ahínco y con una minuciosidad de erudito», pero demuestra «una actitud burguesa liberal y una falta de compromiso con la clase trabajadora». En su apariencia, G. da una impresión de persona bastante espontánea, y en conjunto parece «un típico intelectual inglés». (Este curioso cumplido pertenece al IM Smith.) No obstante, me he puesto en contacto con personas que podrían ser de interés para fines de espionaje, y he facilitado datos contradictorios con respecto a lo que estoy haciendo. En mis viajes a Polonia, casi seguro que he «mantenido contactos con organizaciones antisocialistas». De modo que necesitan averiguar más cosas con vistas a un posible procesamiento, según el artículo 97 del Código Penal. El artículo 97 estipula que aquellas personas que

recojan o pasen «información u objetos que deben mantenerse en secreto» a una potencia extranjera, o a un servicio secreto o a cualquier «organismo extranjero» no especificado, serán penadas con encarcelamiento «no inferior a cinco años». «En casos especialmente graves, se las podrá sentenciar a cadena perpetua o a pena de muerte.»

El «plan de acción» posterior consta de cuatro partes. Primero se efectúa el despliegue de varios IM, empezando por Smith: «Teniendo en cuenta las posibilidades tanto subjetivas como objetivas de los IM, se crearán las condiciones necesarias para reanudar el contacto perdido con Garton Ash». El 15 de abril de 1981 se presenta por escrito una propuesta. «Responsable: Teniente Wendt.» A Schuldt y a Michaela también se les reactiva: propuesta escrita del teniente Wendt perteneciente al 1 de mayo. Además, «un IM del HVA-I, consejero de G. en la Universidad Humboldt de Berlín», participará en «el enfoque operativo».

El HVA era el servicio de inteligencia de Alemania del Este. Su nombre completo era *Hauptverwaltung Aufklärung*, y, teniendo en cuenta que el significado que habitualmente se le da a *Aufklärung* es el de «esclarecimiento», podría traducirse como «departamento de investigación». Dirigido por Markus «Mischa» Wolf, se hizo famoso en la ficción como el *Abteilung* de la obra de John Le Carré *El espía que surgió del frío*. Su sección principal, el HVA-I, tenía como objetivo espionar al gobierno de Alemania Occidental en Bonn.

Luego el plan se centra en «la observación y la investigación operativas». Las medidas que se deben seguir incluyen una mayor investigación del señor y la señora Kreisel, la pareja a quien la Universidad Humboldt había alquilado para mí la habitación con vistas. Una tercera parte, «medidas suplementarias», da instrucciones para que el Departamento Principal VI, el encargado de controlar el paso

fronterizo, efectúe un «registro», y que el departamento M inicie un «control de la correspondencia». «Dirección de G. en Berlín Occidental», dice, aunque probablemente se refiera a las cartas procedentes de mi piso en Berlín Occidental, dado que solo en circunstancias excepcionales podía la Stasi abrir la correspondencia de alguien en la RFA. Y luego le correspondía de nuevo al teniente Wendt la tarea de recopilar un informe sobre si sería conveniente transformar esta investigación de OPK en un OV: un caso operativo integral. OV era la máxima categoría que se le daba a una operación, y se destinaba a la vigilancia de conocidos opositores y críticos al régimen. Mi amigo Werner Krätschell, por ejemplo, aparece aquí como el OV Haya.

Por último había una «cooperación con otras unidades de servicio». Aquí se propone coordinar la investigación junto con el departamento XX/4 (encargado de la infiltración en las iglesias), por lo que se refiere a mis contactos con el reverendo Haya. Habrá que hacer averiguaciones con «los órganos de seguridad soviéticos respecto al posible interés que el servicio secreto británico tenga actualmente en el caso Philby». Se precisa una «coordinación concreta» con el AG4 para ver si podían «adjudicarme» informadores durante mis visitas a Polonia. El AG4 era un grupo que la Stasi había creado para seguir el alarmante desarrollo de la revolución de Solidaridad en Polonia. Su responsable era el mayor Risse.

Firmado por el teniente Wendt y refrendado por el teniente coronel Kaufuss, jefe del II/9, el departamento destinado a la vigilancia de todos los servicios de inteligencia de Europa Occidental.

De modo que este era su «plan de acción» en aquel entonces. Mi plan de acción, ahora, es investigar la investi-

gación a que ellos me sometieron. Seguiré su indagación a través de mi expediente, intentaré rastrear tanto a los informadores como a los oficiales relacionados con mi caso, consultaré otros expedientes, compararé los informes de la Stasi con mis propios recuerdos, con mi diario, con otras notas que conservo de entonces y con la historia política que después he escrito sobre este periodo. Y a ver qué encuentro.

Debido a lo engorroso de su denominación, a la Junta Federal de los archivos del Departamento de Seguridad del Estado de la ex República Democrática Alemana habitualmente se la llamaba, con el fin de abreviar, Junta Gauck, nombre que recibía por Joachim Gauck, el enérgico y expeditivo cura de Alemania del Este que la dirigía. Mi expediente procede del archivo central de la Junta Gauck en Berlín, que en realidad es el antiguo archivo central del Ministerio de Seguridad del Estado. El ministerio poseía un enorme complejo de edificios de oficinas, que ocupaba una manzana y media de la Normannenstrasse, en el extremo oriental de Berlín. Las oficinas y el apartamento privado del ministro se han conservado en gran medida tal como él los dejó: el escritorio lleno de teléfonos (secreto, muy secreto, altamente secreto), el pequeño y pulcro dormitorio, una bandeja con figurillas de barro que le entregaron los niños de la guardería Richard Sorge. Hay un plátano de arcilla, un gnomo, un perrito firmado por Jeanine y un limón de Christin.

A la mayoría de los edificios restantes les han dado otros usos. Antes las ventanas que daban al exterior estaban completamente selladas para que ningún agente doble pudiera sacar a escondidas algún documento secreto, o simplemente para evitar que se lo llevara volando una inoportuna corriente de aire. Ahora las ventanas no están

selladas. Allí donde los Kaulfuss y los Wendt llevaban a cabo su triste labor hay ahora oficinas corrientes, un supermercado, un gimnasio-sauna Ritters y una agencia de colocación. Pero el archivo sigue funcionando.

En la sala donde está el catálogo del índice, mujeres de mediana edad, con bata rosa chillón y pantalones de nailon, circulan haciendo resonar sus sandalias de plástico entre las enormes máquinas de las fichas. Y digo máquinas porque son unos artefactos motorizados: las cajas donde están las fichas se hallan suspendidas de un eje, como las vagonetas de una noria de feria. Si se pulsa el botón «K», la enorme rueda empieza a girar hasta que las fichas de la «K» quedan arriba. El índice F16 —la abreviatura hace referencia al tipo de ficha— contiene nombres auténticos, pero ordenados según el propio alfabeto fonético de la Stasi; es decir, que, por ejemplo, Mueller, Muller, Möller y Müller están archivados juntos. (Si transcribes los nombres por haberlos oído a través de un micrófono oculto o de un teléfono trucado, no sabes muy bien cómo se deletrean.) De ahí, las mujeres de rosa salen con sus pasitos sonoros a consultar el índice F22 —clasificado según la numeración de los casos— y, a veces, también los libros de los casos que llevó individualmente cada oficial, antes de ir en busca de los auténticos expedientes, que se guardan en ordenadas pilas en una de las siete plantas del edificio reforzadas con ese propósito. El rítmico golpeteo de las sandalias de plástico no se detiene, mientras el archivo bate su ración diaria de magdalenas envenenadas.

Al final del pasillo, las mujeres te enseñan la «sala de la tradición». Medallas, bustos de Lenin, certificados al valor, estandartes que celebran la labor de los «chekistas», término soviético para los agentes de la policía secreta: «Solo puede ser chekista aquel que tiene una cabeza fría, un corazón caliente y unas manos limpias» (F. Dzerzhins-

ky). Sobre la mesa unos tarros como de mermelada. Cada uno está cuidadosamente etiquetado y contiene un pequeño fragmento de tejido de pana de color amarillo sucio. Son muestras de olores personales, que se tomaron por si era necesario que unos perros sabuesos se los aprendieran. Según el diccionario de la Stasi, el término correcto para estos tarros es el de «olor en conserva». Me detengo frente a ellos, asaltado por una extraña sensación. ¿Es posible que en algún lugar de este vasto edificio esté el olor que yo tenía en el pasado, conservado todavía como si fuera una mermelada?

Allí cerca está lo que ellos llaman la «caldera de cobre», una sala abovedada y forrada de metal, en la que el ministerio tenía planeado poner un amplio sistema informatizado que contuviera toda la información sobre cada persona. El metal era para aislarla de cualquier interferencia electrónica procedente del exterior. En cambio, la caldera de cobre alberga ahora centenares de sacos repletos de papel: documentos hechos pedazos durante las semanas que transcurrieron entre el inicio de las protestas masivas en otoño de 1989 y el asalto al ministerio a comienzos de 1990. Ante la suposición bastante verosímil de que la Stasi hubiera empezado a destruir los documentos más relevantes y delicados, la Junta Gauck intenta ahora reconstruirlos, trocito a trocito.

Es un lugar extraño esta Junta Gauck: un ministerio de la verdad ocupando el antiguo ministerio del miedo. En la sede administrativa del centro de Berlín hay largos pasillos resonantes, con luces nuevas y suelos de plástico procedentes de Alemania Occidental, pero todavía con tenues residuos de ese inconfundible olor a Berlín Oriental. Tristes y barrigudos porteros en la entrada, complicados pases para los visitantes, ordenanzas, condiciones especiales, formularios por triplicado, gastos: todo el tedioso aparato de la burocracia alemana. Y los hábitos de un exagerado

privilegio estatal. Como en muchas otras instituciones alemanas, cada empleaducho parece que ha salido a almorzar, está de vacaciones o se ha «ido al médico». El tradicional saludo del funcionario alemán, *Mahlzeit!* (¡Hora de comer!), todavía resuena por los pasillos.

—¿Puedo utilizar tu trituradora de papel? —le pregunta una secretaria a otra.

Por un instante imagino un ministerio que sustituye a otro y que debe reconstruir todos esos documentos triturados, en una especie de regresión interminable.

Mientras tanto, las archivistas de la Junta Gauck tienen que reenumerar cada página de cualquier documento que quieras ver, estampando un sello de goma sobre la anterior paginación pulcramente anotada a mano por la Stasi. Es como una parodia de la perfección alemana. Un extremo sigue al otro. Probablemente, ninguna dictadura de la historia moderna ha tenido una policía secreta tan extensa y minuciosa —hasta rozar el fanatismo— como la de Alemania del Este. Ninguna democracia de la historia moderna ha hecho tanto para exponer el legado de la dictadura precedente como la nueva Alemania.

Una ley especial, aprobada por el parlamento de la Alemania reunificada en 1991, regula con todo cuidado cómo deben utilizarse los archivos. La señora Schulz ha leído mi expediente antes que yo porque se supone que —en una aplicación escrupulosamente burocrática de la ley— debe fotocopiar las páginas donde salen los nombres de las víctimas de la Stasi, o de terceras personas inocentes, con el fin de tapar los nombres en las fotocopias y luego fotocopiarlas de nuevo, solo para asegurarse de que el nombre no se podrá descifrar utilizando una potente luz. Se supone que ella también tiene que borrar cualquier pasaje que contenga información personal sobre otras personas no relacionadas de forma directa con la investi-

gación. Pero ¿qué es lo que resulta irrelevante para comprender a un agente secreto, cuya misión consiste precisamente en averiguar los detalles más íntimos de la vida privada de los demás y aprovecharse de eso?

Los efectos de leer un expediente pueden ser terribles. Pienso en el ahora famoso caso de Vera Wollenberger, una activista política de la parroquia de Werner Krättschell en Pankow, que al leer su expediente descubrió que su marido, Knud, había estado informando sobre ella desde que se conocieron. Salían ambos a dar un paseo con los niños el domingo y el lunes Knud se lo contaba todo a su oficial de enlace de la Stasi. Creía estar casada con Knud y descubrió que se había casado con el IM Donald. (En unas memorias, Vera se refiere a él como «Knud-Donald o Donald-Knud». Ahora están divorciados.) O pienso en el escritor Hans Joachim Schädlich, que averiguó que su hermano mayor había informado acerca de él. Y eso lo descubrieron a través de los expedientes. Si estos no se hubieran abierto al público, ellos seguirían siendo hermanos, o marido y mujer: su amor perduraría, una fortaleza inexpugnable sobre el promontorio de las mentiras.

Pero también hay efectos secundarios menos nocivos. Después de que la ley entrara en vigor, los estudiantes de la Universidad Humboldt, en Berlín Occidental, se jactaban ante sus novias diciendo: «Por supuesto que exigiré ver mi expediente. Me da miedo pensar lo que pueda encontrar en él, pero, sencillamente, tengo que saberlo». Luscious Sabine se quedaría sin duda anonadado cuando recibió la temida carta de la Junta Gauck: «Por lo que hemos podido averiguar, carece usted de expediente». Humillación. Sabine se quedó mirando a otra persona, que esta sí lo tenía.

Cuando yo hago algún comentario sobre mi expediente, la gente suele exclamar cosas extrañas como: «¡Qué suerte!»,

o «¡Qué privilegio!». Y si esas personas tienen algo que ver con la Europa del Este, entonces comentan: «Sí, debería solicitar que me entregaran el mío», o «Por lo visto el mío lo destruyeron», o «En Gauck dicen que el mío probablemente está en Moscú». Nadie contesta: «Estoy seguro de que yo no tengo ningún expediente». Casi podría describirse el síndrome con términos freudianos: envidia del expediente.

En realidad, el mío es muy modesto comparado con muchos otros. ¿Qué significa mi única carpeta, contra las treinta del escritor Jürgen Fuchs? ¿Qué son mis 325 páginas contra las 40.000 que le dedicaron al cantante disidente Wolf Biermann? Sin embargo, pequeñas llaves pueden abrir grandes puertas, y esta es una manera de entrar en salas mucho más amplias. Allí donde ha habido una policía secreta, y no solo en Alemania, la gente protesta a menudo diciendo que tales expedientes no son en absoluto fiables, que están llenos de distorsiones e invenciones. ¿Qué mejor manera de comprobar semejante afirmación que ver lo que ellos han escrito de mí? Al fin y al cabo, yo debo saber qué era lo que estaba tramando. Pero ¿qué era lo que mis oficiales y mis informadores creían estar haciendo? ¿Podrán estos expedientes, y los hombres y mujeres que hay tras ellos, explicarnos algo más con respecto al comunismo, a la guerra fría y a la razón o la sinrazón de espiar? Esta apertura sistemática de los archivos de la policía secreta a cualquier ciudadano que aparezca en ellos y todavía esté interesado en conocer su contenido carece de precedentes. Nunca se había producido algo así, en ninguna parte. ¿Estuvo bien hecho? ¿Y lo que ha provocado en los que se han visto involucrados? Es posible que semejante experiencia nos enseñe algo acerca de la historia y la memoria, acerca de nosotros mismos, acerca de la naturaleza humana. De modo que si con este libro

parezco autoindulgente, el propósito no es este. Yo solo soy una ventana, una muestra, un medio para un fin, la materia de este experimento.

Y para conseguirlo debo explorar no solo un expediente, sino una vida: la de la persona que yo era en aquel entonces. Esto, en caso de que surja la duda, no es lo mismo que «mi vida». Lo que llamamos «mi vida» no es más que una versión de nuestro propio pasado reescrita a cada instante. «Mi vida» es la autobiografía mental con la que todos vivimos y para la cual vivimos. Lo que ocurre en realidad es algo del todo distinto.

Al ir en busca de un yo perdido también busco un tiempo perdido. Y hallar respuestas a la pregunta: ¿Cómo puede uno configurar a otro? El tiempo histórico y el tiempo personal, lo público y lo privado, los grandes acontecimientos y nuestra propia existencia... Al escribir sobre las extensas áreas de la experiencia humana que la historia política convencional ignora, el historiador Keith Thomas cita a Samuel Johnson:

Qué pequeña, de todo lo que el corazón humano  
puede soportar,  
es esa parte que leyes y reyes pueden provocar  
o remediar.

Pero al mirar hacia atrás veo hasta qué punto las experiencias de mi propio corazón son el resultado, como mínimo, de nuestros modernos «leyes y reyes», de los distintos regímenes del Este y del Oeste, y del conflicto entre ambos. Al fin y al cabo, es posible que Johnson estuviera expresando no una verdad universal, sino simplemente local. Feliz el país donde eso fue siempre así.

## DOS

SALÍ para Berlín el día en que cumplía veintitrés años, el 12 de julio de 1978, conduciendo mi nuevo Alfa-Romeo azul oscuro por la autopista hasta la terminal del transbordador en Harwich. Desde Hoek van Holland bajé por la autopista hasta el paso fronterizo de Helmstedt, para cruzar el «telón de acero» entre Alemania Occidental y Alemania del Este, luego respeté nervioso los límites de velocidad establecidos en la carretera que cruzaba Alemania del Este hasta Berlín Occidental. Residí un año y medio en Berlín Occidental antes de pasar el Checkpoint Charlie el 7 de enero de 1980 y proseguir hasta aquella habitación del Berlín Oriental. Mi propósito inicial consistía en escribir una tesis doctoral para Oxford sobre el Berlín de Hitler.

En relación con este periodo —de julio de 1978 a enero de 1980—, la cronología que he recopilado recientemente para mi historia sobre Alemania y el continente dividido recoge los momentos políticos más importantes, los cuales van desde la «Cumbre en Bonn de los principales países industrializados del mundo (los G7)» a «El presidente Carter anuncia sanciones contra la Unión Soviética, suspende la ratificación del tratado SALT II y amenaza con el boicót a los Juegos Olímpicos de Moscú». Entre ambos acontecimientos menciono la elección de Karol Wojtyła como el papa Juan Pablo II y su primer viaje oficial a Polonia, las primeras elecciones directas al parlamento europeo, la opción de la OTAN por la doble vía (desplegar nuevos misiles

nucleares en Europa si la Unión Soviética no negociaba un reducción de los suyos) y la invasión de Afganistán por los soviéticos en diciembre de 1979. Ahora vemos que esto eran los preparativos para la última gran confrontación de la guerra fría: Reagan contra Brézhnev, misiles de crucero norteamericanos contra los SS-20 soviéticos, revolución polaca en el Este y movimientos pacifistas en el Oeste.

En mi diario, la cronología es totalmente distinta. En lugar de la cumbre de los G7, anoto una larga charla con el poeta James Fenton sobre literatura alemana, Macaulay y la posibilidad (remota) de que el periodismo sea una forma de arte. En vez de la decisiva cumbre de Guadalupe en 1979, que condujo a la OTAN a tomar la decisión de la doble vía, yo menciono un almuerzo con Jay Reddaway, una amiga de mi época de estudiante universitario, en el Café Moskau de Berlín Oriental y luego una velada en Berlín Occidental, que por lo visto consistió en unas copas en Bilitis y una cena en Fografie's (¿es posible que esto sea cierto?), y luego más copas en Ax Bax. Menciono la visita del Papa a Polonia, pero las primeras elecciones al parlamento europeo me encuentran desayunando en el Café Einstein, luego visitando una galería de arte y dejando sin terminar un artículo para el *Spectator*.

Allí donde la cronología histórica incluye seriamente a «Gromyko en Bonn», yo estoy en Franconia, bebiendo cerveza negra en exceso y visitando el escenario de la gran concentración de Hitler en Nuremberg. La invasión soviética de Afganistán me sorprende en un tren nocturno para visitar a Albert Speer y su ostentosa casa en Heidelberg. Mientras Jimmy Carter amenaza con sanciones a la Unión Soviética, yo me dedico a preparar una fiesta. No gran cosa si se piensa que me encuentro «en el calor de la guerra fría», utilizando una metáfora pretendidamente contradictoria de mi amigo Mark Wood, corresponsal de Reuters en Berlín Oriental.